

Artículos

GUILLERMO GÓMEZ RIVERA
EN EL CONTEXTO DE LA
LITERATURA FILIPINA ACTUAL

ISAAC DONOSO
Universidad de Alicante

I. LA ORTODOXIA DE NICK JOAQUÍN

Hace unos años escribí un estudio bastante pormenorizado de la obra de Guillermo Gómez Rivera, al que titulé “La heterodoxia en la literatura filipina actual”. En él trataba de explicar la escritura en español como un acto heterodoxo en la creación de la Filipinas actual, donde al autor se le fuerza a expresarse en una única lengua hegemónica, el inglés, favorecida por editoriales y medios, frente a las numerosas lenguas maternas filipinas, como también el español. Hablaba de la escisión del mundo filipino en una vorágine materialista que aniquilaba, en el capitalismo más visceral, al individuo como mera carne de cañón del mercado mundial. El inglés no les ha servido a los filipinos para ubicarse en un sitio de prestigio dentro del mundo asiático, ni siquiera para que su literatura sea más conocida que la tailandesa o vietnamita, ni siquiera para que sea más conocida que otras literaturas anglófonas de la región, como la malasia o la singapurense. El inglés principalmente les ha servido a los filipinos para ser la mano de obra barata de los mercados más capitalistas del mundo, desde Dubái a Hong Kong, o marineros y prostitutas en cualquier rincón del planeta.

Frente a esta realidad, hablaba del acto de creación en español como un acto de rebeldía intelectual, y en consecuencia de honestidad, al denunciar el embrutecimiento al que lleva la alienación cultural operada en el archipiélago, en una sociedad que perfectamente definió Nick Joaquín afirmando que: “A people that had got as far as Baudelaire in one language was being returned to the ABC’s of another language”¹. No es azaroso que Gómez Rivera, en su poemario *Con címbalos de caña* incluya un poema en honor de Nicomedes Joaquín (1917-2004), sin duda el principal autor filipino de la segunda mitad del siglo XX, y autor que no pudo expresar su denuncia cultural en la lengua que le habían robado. Así reza el poema “Hombre prismático”:

Traductor de la historia por toda una
generación perdida en inglés. Maestro
que enseña la verdad: —luz oportuna
para los que no tienen ni alma ni estro.
Pues, el candor y el arte, la sapiencia

¹ Nick Joaquín, *The Woman Who Had Two Navels*, Manila, Bookmark, 2005, pp. 170-171.

de toda una cultura —la cultura
que es la de Filipinas—, es la ciencia,
es la gloria, es toda la envoltura
de este gran hombre prismático, trasluz
del madero que alzamos en cruz.
Ese es don Nicolás Joaquín, flamante
fragua de este país de sordo-ciegos;
pues, es la última luz del ignorante
que perdió sus estribos y sus pliegos.

Frente a un Nick Joaquín reconocido y omnipresente en la literatura filipina de la segunda mitad del siglo XX —una literatura construida crítica e historiográficamente en inglés y para el inglés—, Gómez Rivera es un personaje, no marginado o silenciado, sino directamente ignorado. Gómez Rivera, y en extensión toda la literatura filipina actual en lengua española, no cuenta para la construcción de una literatura nacional y canónica filipina, que ha silenciado consciente o inconscientemente la principal tradición cultural del país, la de los padres de la patria, Rizal, Recto o de los Santos, la tradición que permitió a los filipinos defenderse de dos imperios. Y la tragedia es que, quizás, ese silencio ha sido producido inconscientemente. Al español se le ha ido dejando morir, a los hispanohablantes se les ha ido enterrando, y los valedores del español han ido desapareciendo de forma acelerada, hasta dar por difunta la voz filipina en lengua española. Y la voz filipina en lengua española era lo que había permitido a los filipinos crear las bases intelectuales de la primera República de Asia, un gobierno y un congreso, y una literatura a la vanguardia estética del mundo.

Ésta es la verdadera tragedia: la voz filipina en lengua española es aniquilada, se destruye la expresión de la filipinidad, y la identidad filipina debe retrotraerse a la protohistoria, a los tiempos edénicos prehispánicos:

I wonder if in the debate over the Filipino's original identity there is not an unexpressed desire to return to the foetal position —a desire, one might say, to de-circumcise ourselves and reassume the simpler identity of the child. The pagan tribesman would call such a desire shameful; the Christian would call it the sin against the Holy Ghost; but certain militants of today would call it nationalism when it's the exact opposite of nationalism. Nationalism is a very complex and advanced stage of political development, something that occurs late in history, and only after clan and tribe have been outgrown. So how can we say we are being nationalist when we advocate a return to our pre-1521 identity when that was a clan identity, a tribal identity? To recapture our pre-1521 identity, we would first have to abolish this nation called the Philippines².

Nick Joaquín consideró que debía de expresar su mensaje de denuncia cultural y rebeldía intelectual sacrificando la voz, empleando la lengua del colonizador, la lengua que le habían forzado a aprender en la escuela. En otras palabras, formó parte de la ortodoxia, formó parte del mundo transgredido que denunciaba, del mundo americanizado que estaba perdiendo la capacidad de expresar su filipinidad. Por formar parte de esa ortodoxia, ser maestro de su lenguaje y asalariado de

² Nick Joaquín, *Culture and History. Occasional Notes on the Process of Philippine Becoming*, Manila, Solar Publishing Corporation, 1989, p. 245.

la nueva élite afanosa por perpetuarse en biografías (labor con la que se ganaba la vida), Nick Joaquín alcanzó reputación y respeto, un nombre que identificar como paladín de la literatura filipina contemporánea, naturalmente en lengua inglesa. Frente a ello, Gómez Rivera se negó a perder su voz, se negó a emplear la lengua que le forzaron a deletrear en la escuela, y sacrificó la recepción de su obra a un público cada vez más minoritario con aras de ser él mismo, él y la tradición secular que representaba, la tradición de la más acendrada filipinidad.

Gómez Rivera vuelve a hablar del modelo de Nick Joaquín dentro de una ortodoxia cultural que financia y respalda la producción en lengua inglesa, como único caso de integridad y completa resolución intelectual, en su poema “Flor y sebo”, incluido en su colección de poemas *La nueva Babilonia* —hasta ahora inédita y publicada en este número de *Revista Filipina* por primera vez—:

*Por recibir un premio de US\$50,000
el 3 de agosto de 1996, en Manila.
Al amigo Nick Joaquín...*

¡Enhorabuena Nick! El premio nuevo
que recibiste queda honrado y fuerte
porque, en cambio, se lleva la flor y el sebo
de tu nombre preclaro y tu alta suerte.
Eres el que logró dar al inglés
el timbre filipino que hoy ostenta;
mas se va a morir poco después
por ser el que se obliga en cada venta.
Si el inglés se convierte en filipino
es por la tiranía de unos pocos
desnaturalizados... que, sin tino,
lo fuerzan por doquier como unos locos,
sin pensar que el indígena no lo quiere
por ser un arma vil que a todos hiere.

II. SOLIPSISMO Y EXPRESIÓN

La decisión tomada por Gómez Rivera en defensa irrenunciable de la escritura en lengua española no sólo le ha causado la indiferencia por parte de la crítica del país, sino también el desprecio a su mensaje, a sus ideas y a su defensa de la filipinidad en clave hispánica. Los años fueron largos y duros, y Gómez Rivera, llamado a ser uno de los principales escritores del país, heredero de Flavio Zaragoza, de Francisco Zaragoza, de su tío-abuelo Gómez Windham, se vio cada vez más aislado, más menospreciado por un mundo cultural bien indigenista o bien pensionado. Recluido en un ostracismo alienante, en el más cruel de los solipsismos culturales, sin una recepción por parte del público filipino, a Gómez Rivera sólo le quedó él mismo, él mismo para ser a la vez voz y expresión, autor y creación, e hizo de su propia vida una constante expresiva.

Nos encontramos que la circunstancia histórica le asigna el mandato de ser último eslabón de una tradición de escritores hispanohablantes formados con maestros y lecturas, dentro de un

desarrollo estético bloqueado por el propio espíritu de supervivencia: la conservación y el conservadurismo. De ahí que su producción escrita, formada en los cánones que le enseñara Francisco Zaragoza, buscara la sobriedad de las formas clásicas. En alguna ocasión he llamado a esta tendencia de la última poesía hispanofilipina “neotradicionalismo” o “neoclasicismo”, que se ejemplifica perfectamente en la poesía romancera de Hilario Zíalcita. Ponía por muestra el poema que Hilario dedicó a la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York el once de septiembre de 2001:

Vi en la pantalla azul del cielo
una escena descomunal
de grandes aviones en vuelo
hacia catástrofe infernal

estrellándose con rascacielos
en muy violenta explosión,
echando todo por los suelos,
gran engendro de confusión,

hirviendo como un caldero,
fuego atizando feroz...
pisos incendiados por entero,
vista lastimosa atroz³.

Pero quizá no, quizá Gómez Rivera se inició forzosamente en el intento histórico por preservar una estética formalista que había leído en los clásicos, en las lecturas que todo filipino ilustrado hispanohablante realizaba. Pero esas lecturas eran sobre todo románticas y modernistas y, por obligación, los clásicos hispánicos, que eran los barrocos. Y quizá inconscientemente, lo que era un esfuerzo por preservar el clasicismo, se manifestó expresivamente, en su faceta más sentimental, más dionisiaca, como en el emblemático poema “Seguir viviendo” de *Con címbalos de caña*:

Las conozco de siglos. He vivido
en ellas durante vidas anteriores.
Subí sus escaleras. En sus camas
me dormí. El amor hice por sus suelos.

Comí en sus comedores y en sus salones
bailé valsos, boleros y mazurkas.
Me asomé a sus ventanas. Y sus puertas,
abrí y cerré con gusto. Sus jardines
recorrí disfrutando de sus flores...

Todas esas mansiones siempre fueron
mías. Y seguiré viviendo mientras
todas sigan en pie, ¡desafiantes!

³ “Día Triste. El 11 de septiembre en Nueva York (17 de septiembre de 2001, Jacksonville, Florida), en *La nao de Manila y demás poesías*, Manila, Eres Printing Corporation, 2004, p. 109.

Pero lo cierto es que Gómez Rivera se había caracterizado por una escritura más formalista, la opción principal de la mayoría de los pocos autores que seguían componiendo durante la tercera y cuarta Repúblicas (es decir, hasta 1986), frente a otros autores, quizá de obra más reducida y ocasional, pero con otra osadía estética. Sería por ejemplo el caso de Ildefonso Alcántara, caviteño nacido en 1890 y asentado en Dalaguete, Cebú, donde ejerció como médico. Se trata de uno de tantos escritores que está esperando ser recuperado por la crítica, y cuyo poema más conocido es “Al redentor de Filipinas”:

La precursora luz de tu obra ingente y poética,
se irradió desde el cielo de nuestra amada patria,
a pueblos del Oriente en embrión; y alada y hermética,
los guió en sus sendas prístinas cual augusta Pediatría;
y el fermento aportándoles del santo reformismo,
depurado se vio el pus del colonialismo .

Aunque es autor nacido en época española y con producción mayor a comienzos del siglo XX, ocasionalmente compuso después de la guerra mundial, como atestigua el poema que dedica a Gómez Rivera y *El Maestro*: “Resurge et ambula”. En él describe a Guillermo como “apolinida”, en unos versos recargados de conceptos e imágenes, que van más allá de lo Bello para buscar lo Sublime, recordando procedimientos barrocos:

Ni la gran llamarada que siniestra
osó tumbar tu enseña y tu tizona
pudo mermar tu sollo en la palestra
ni trocar en espinas tu corona.

¡Resurge! Y tus páginas áureas
se abren ahora con péñolas volcánicas
luchando contra espúreas ideas
con lances de crisálidas hispánicas.

¡Resurge et ambula! Oh apolinida ingente,
de las ruinas creadas por desidia...
Esparcimos tu verbo refulgente,
ciega al caos que nace de la envidia.

Pero en Gómez Rivera hay muy poco de gongorino, y bastante más de quevedesco. Su forma expresiva se manifiesta en la loa y el panegírico, pero también en la denuncia, la polémica y la sátira. Y se manifiesta también en un fondo épico y nostálgico, de quien parece haberlo perdido todo, y sólo parece quedarle el ideal, ideal naturalmente en términos quijotesco. Entre los numerosos ejemplos que se podrían aducir —pues sin duda Gómez Rivera es de los autores asiáticos que mayor ha reflexionado, e incluso encarnado en sí mismo, el ideal cervantino—, podemos citar unas estrofas de “Lucha en el ciber-espacio”, de *Con címbalos de caña*:

⁴ *Poesías dedicadas a José Rizal*, Manila, Comisión Nacional del Centenario de José Rizal, 1961, p. 3

Y, ¿qué finalidad puede ser más bella
que la de enderezar el gran entuerto
que en Filipinas puso, como una huella,
lo ilógico, lo mísero y lo muerto?

Debemos, los sensatos, proclamarnos
caballeros andantes de la historia
y con nuestros clavileños espaciales,
en contra de murciélagos, lanzarnos,
armados de verdades y de gloria,
¡y hendirlos a sablazos torrenciales!

Ya no había un foro al que ofrendar las composiciones formalmente perfectas y de contenido etéreo, sino la voz desgarrada en el desierto de quien solo deambula como alma en pena, como socarronamente nuestro querido José María Fons ha querido llamar en alguna ocasión “literatura zombi” (y así se presentó en el número 3 de *Perro Berde*). Pero después de 1987 estos autores siguen vivos, no moribundos, sino con la energía suficiente para poderse adaptar a los tiempos, para poder expresarse. Y sin duda Gómez Rivera se revela contra propios y ajenos, contra quienes respetan el *statu quo* americanizante o se acomodan a él, como heterodoxo, como antihéroe, como antipoeta. Y así surge la obra sardónica y heteróclita que es *Antipoesías filipinas o endecasílabos de chungá para que se conozcan los sucesos actuales del país*, extenso poemario del que sólo se ha publicado una pequeña parte. De este modo comienza el poema “En nombre de la justicia”:

La antipoesía tiene que ser, a veces,
violenta, brutal, áspera y grosera
porque estamos hablando de un mundo
violento, brutal áspero y grosero...
nos lamenta ofender a las almas nobles,
que quedan en sus torres de marfil,
con esta nueva forma de expresarse;
pero esas almas nobles ya sabrán
perdonarnos los versos iracundos
que, a veces, escribimos con pasión,
porque la antipoesía debe hablar
claro, duela a quien duela, por justicia.

El siguiente paso en este giro estético, más visceral, más expresivo y más barroco lo constituye la compleja trama, antediluviana, órfica y mitológica, que es la novela *Quis ut Deus, o el Teniente Guimó, el brujo revolucionario de Yloilo*. En ella se atenta contra lo racional, contra el logos, para ser la palabra sepultada en un mundo de ultratumba que lucha entre los apolíneo y lo dionisiaco, entre la ortodoxia de una escritura formalista y la necesidad de volver a la oralidad. Así comienza el capítulo 48 de la novela:

La muerte de muchos asuanes y muchas mananangales, amén de la muerte de los vampiros americanos en Tabugón, Dingle, no se dio a conocer por la existente prensa de la ciudad y provincia de Yloilo ni por la de Manila. No se le quería informar al pueblo filipino

en general. Las autoridades americanas amenazaron con grandes multas y confiscaciones de propiedades a los periódicos y periodistas que se atreviesen a publicar algún relato, o comentario, sobre la guerra entre malignos y civiles. Pero, el pueblo lo sabía todo de todos modos. La noticia corrió por boca a todas partes. El odio popular contra los invasores americanos recrudesció pero el pueblo, prudente a la vez de astuto, disimulaba sus sentimientos con mucha destreza. Los cantaores de *composos* en lengua bisaya aludían, sin embargo, a este hecho en metáforas y parábolas.

III. LO QUIMÉRICO: DULCINEA REVIVIDA

En el estudio que dediqué hace unos años a la obra de Guillermo Gómez Rivera no me pisé la lengua, y hablé abiertamente de aspectos que consideraba necesarios tratar, a pesar de la dureza de las afirmaciones. Decía:

Guillermo Gómez Rivera es una figura excepcional, con capacidad creadora, pero que no crea, con capacidad retórica, pero apócrifa, con profundidad intelectual, pero dogmática, amante exacerbado de Filipinas, que sin embargo se dirige a un público extranjero. Guillermo Gómez Rivera representa toda la complejidad actual del mundo filipino —aunque él no quiere darse cuenta— la complejidad de un mundo escindido en su propia construcción nacional, un mundo que se niega a tomarse en serio, mientras Japón, Corea o Malasia crecen orgullosas de sí mismas. No se da cuenta que está sumido en la mayor de las heterodoxias, y por ende, el más sincero de los idealismos cervantinos⁵.

Eran palabra dichas al presenciar un esfuerzo intelectual que predecía estéril, desordenado, disperso, cuando los tiempos eran de urgencia. Eran palabras dichas con la osadía de la juventud. Ahora ya, pasados algunos años y entrados en edad más serena, se muestra la perspectiva más precisa de las cosas, y se muestra que Guillermo Gómez Rivera fue un personaje llamado a ocupar un puesto relevante en la creación artística filipina, en una tradición secular en lengua española que se remonta hasta Rizal y Recto. Estaba llamado a seguir elevando el decurso intelectual y cultural de una Filipinas que no sólo había consolidado una identidad nacional a través del español, sino que podía en derecho liderar notables transformaciones culturales que la lengua española experimentaba y experimentaría en un contexto asiático de extraordinario riqueza. Los años sesenta del siglo pasado así aún lo manifestaban, con una nómina de autores respetablemente lúcida.

En efecto, la Filipinas posbélica vio generarse una economía creciente todavía en manos de las grandes familias hispanohablantes: Soriano, Elizalde, Inchausti, Zóbel, etc. El español era la lengua de una élite próspera, pero al mismo tiempo se ponía en evidencia que existía una clase trabajadora hispanohablante, una población filipina oriunda de los centros urbanos que tenía el español como lengua materna. En este contexto surge una nueva generación, educada en inglés, pero de padres hispanohablantes: Carlos Rómulo, León M. Guerrero, Nilda Guerrero, Fernando de la Concepción, Francisco Zaragoza, Emeterio Barcelón, Fernández Lumba, Lim Jaramillo, Antonio Molina, Gómez Rivera, Edmundo Farolán, etc. Durante los años sesenta se creó un organismo fundamental para agitar la producción cultural en lengua española, la «Solidaridad Filipino-Hispana»,

⁵ I. Donoso y Andrea Gallo, *Literatura hispanofilipina actual*, Madrid, Verbum, 2011, pp. 64-65.

por el doctor y embajador de Filipinas en el Vaticano José María Delgado. La institución consolidaba la labor de esta nueva ornada de intelectuales filipinos hispanohablantes que llegaría a constituir la “Edad de Plata” de la literatura filipina en español. Junto a publicaciones como *El Maestro*, *Semana*, *Nueva Era* o *Nuevo Horizonte*, se lleva a cabo un esfuerzo por ocupar el poco espacio lingüístico que inglés y tagalo habían dejado al español, en un proceso que será políticamente conducido hacia la extinción como lengua oficial en la constitución de Corazón Aquino de 1987. Este periodo histórico ha sido completamente ignorado por la crítica, representando cuatro décadas de enorme valor literario, cultural y político, cuatro décadas de grandes cambios donde la literatura en español pasará de ser la literatura nacional a una más de las literaturas marginadas y marginales en un país escindido entre la Guerra Fría, *Tadhana* y EDSA, entre la presión postcolonial norteamericana y la construcción de un nacionalismo esencialista⁶.

A Gómez Rivera se le privó así del espacio público y de la importancia que hubiera tenido para el desarrollo de la cultura filipina si el español hubiera seguido siendo relevante para el conjunto nacional. Al postergar el idioma español, no sólo se les negó la expresión a un conjunto de filipinos que se manifestaban en español, sino que se fracturó irremediamente la tradición secular que había forjado la nacionalidad filipina. Sin lengua española, Filipinas quedaba a la deriva iconoclasta del sálvese quien pueda, entre el arribismo neocolonial de unas élites americanizadas, y la reacción proletaria del edén indigenista. En esa nueva batalla en la era atómica, lo único que le cupo a Gómez Rivera y la generación hispanohablante fue el silencio, dejarse morir, como en efecto muchos fueron poco a poco silenciándose o siendo silenciados, con el paso perverso del tiempo, inevitable. Y Gómez Rivera vio morir a tantos y tantos filipinos, cuya voz había sido apagada, cuyo acento había sido silenciado, el acento filipino de la lengua castellana.

Yo, que he sido testigo de muchas muertes, que he visto morir a muchos filipinos hispanohablantes, que los he visto olvidados, en geriátricos, en casas de madera carcomida, que he visto a Guillermo de madrugada con la funeraria levantando cadáveres, conozco la dimensión humana de la tragedia cultural. Y por eso creo que en su momento mis palabras no hacían justicia al personaje, ni sin duda a la persona.

Gómez Rivera ha demostrado, y sigue demostrando hasta el día de hoy que, por encima del personaje reivindicativo del folklore y la tradición hispánica en Filipinas, del baile español y de la lengua, existe una persona de la más acendrada integridad, sin duda por encima de muchos de aquellos filipinos que le han ignorado, marginado o menospreciado, para acomodarse al éxito y la vida ortodoxa de la americanización. Frente a la pléyade de acomodaticios, trepadores, pensionados, becados, arribistas, hipócritas y, simplemente, traidores de lesa patria, muy pocos han alzado la voz, muy pocos han reivindicado la filipinidad, muy pocos han denunciado públicamente el genocidio cultural y humano llevado a cabo con el intervencionismo americano, el sufrimiento de la población civil en dos guerras, y el embrutecimiento causado por el neocolonialismo. Parece mentira que en una nación de casi cien millones de habitantes, casi nadie intelectualmente se haya erigido denunciando la ruina de un pueblo condenado al servilismo. Seguramente por lo poco que vale la vida humana en este contexto. De ahí la mayor admiración que causa la figura de Gómez Rivera, erguido en solitario a costa de su propia integridad, en aras del ideal, como decía José Reyes, como decían los clásicos filipinos, como decía Claro M. Recto en “Oración al Dios Apolo” (1910):

⁶ Hablé de este periodo histórico con título “La edad de plata de la literatura hispanofilipina (1945-1987)” en el 1^{er} Coloquio Internacional de Literatura hispano-filipina celebrado en el Colegio de San Luis, México, los días 29 y 30 de octubre de 2015.

En estos días trágicos en que el bárbaro esquilmo
en esta tierra idílica alza su pabellón,
en que nos hiere el fuerte, porque nacimos débiles
y tiramos del carro del colonizador;
danos el ritmo olímpico de tu música sacra
y la dulce armonía de tu nueva canción,
y ante el dolor, estoicos, el mundo cruzaremos
del Ideal incólume volando siempre en pos⁷.

Guillermo Gómez Rivera nos ha demostrado a todos ser honrado con su destino, como José Rizal demostró serlo, hasta el final, hasta la consumación de su propia vida en aras de la imitación de Cristo. En la introducción a mi edición crítica de la prosa de Rizal decía:

Rizal asumió la reivindicación del individuo a favor de la soberanía intelectual, en un contexto colonial decimonónico en donde la igualdad racial no estaba refrendada. Empleando las armas del colonizador, el colonizado fue capaz de reencarnar los propios mitos que le habían sido impuestos: la cultura hispánica y el ideal cristiano. Aprehendiendo los mitos, el colonizado logra la liberación sublime al asumir en carne propia la más alta aspiración del colonizador: Miguel de Cervantes y Jesucristo⁸.

Lo mismo podemos decir de Gómez Rivera. Frente a la ortodoxia, el materialismo y el neo-colonialismo, su voz se alza sola en el desierto, asumiendo en carne propia el destino que le había tocado vivir: la ruina de la expresión filipina y la tradición cultural del país. Y cuando los tiempos de la caballería ya habían pasado, y el entuerto se había consumado, apareció el noble escudero con el que emprender de nuevo el camino, el camino del ciberespacio. En efecto, en 1997 un hecho insospechado crea una alianza entre Guillermo Gómez Rivera y Edmundo Farolán, ambos académicos de la lengua, y nace *Revista Filipina*, una de las primeras revistas electrónicas, y sin duda una de las más longevas en la actualidad. Tan longeva que ya queda prácticamente en el olvido el homenaje que la revista dedicó a Guillermo en el año 2000 y en la que, Edmundo Farolán, tras una extensa glosa describiendo el feliz reencuentro, remataba:

*Concluyo, en fin, con una humilde poesía dedicada a mi hermano
en las letras hispanofilipinas, mi Quijote, mi maestro,
Guillermo Gómez Rivera:*

Hermano de la hispanidad filipina:
Travesamos juntos las persecuciones
en camino hacia la santa cristiandad.
¡Ay, Qué horrible es sufrir
bailando en el fuego
de esta batalla donde entre los buenos
la victoria es distante!

⁷ *The Complete Works of Claro Mayo Recto, compiled and edited by Isagani R. Medina and Myrna S. Feliciano*, Pasay City, Claro M. Recto Memorial Foundation, 1990, vol. 1, p. 57.

⁸ *José Rizal, Prosa selecta. Narraciones y ensayos*, edición de I. Donoso, Madrid, Verbum, 2011, pp. xxiv-xxv.

¿Acaso es menester perder con dignidad?
¿Será digno seguir la batalla casi perdida
con la esperanza de un nuevo amanecer?
¡Claro que sí!
¡Es la meta,
el ideal del paladín cristiano!
Y tú, caballero quijotesco,
adalid del filipinismo,
siguiendo el camino de tu visión,
esperando quizá que en las lecciones
sobre el bien y el mal,
la juventud de mañana comprenderá
el significado
profundo de la vida triste,
de la historia filipina verdadera
que tú, maestro, enseñas
para revelar la verdad
del pueblo filipino
que ha sufrido las maldiciones
de los explotadores.

Con tu ejemplo enseñas
cómo ser valiente frente la cobardía,
cómo seguir y defender los principios
de la cristiandad,
luchando contra las fuerzas negativas:
siete pecados alrededor nuestro...
siete anticristos alrededor tuyo...

Caballero filipino,
¡Oye el gran consejo de la poetisa e hispanista filipina
Nilda Guerrero Barranco cuando te dijo:
«Guarda la asediada frontera contra las hordas
asesinas»
Porque la verdad apocalíptica es
precisamente ésa: una batalla
contra las fuerzas asesinas que querrán devorar
cual bestias la inocencia, la lengua del ser filipino⁹.

Quijote y Sancho, Gómez Rivera y Farolán, han hecho de estos difíciles años de la quinta República, tras una travesía en el desierto que tocó fondo en la década de 1987 a 1997, un incipiente renacer de la actividad filipina en clave hispánica.

Tuvimos el privilegio de ser testigos de su ideal, de su locura, de su “quimera”, la palabra totémica de Fernando M. Guerrero. En esta línea, sería aconsejable categorizar ‘lo Quimérico’, como categoría estética que envuelve mucha de la literatura filipina que en español se ha tratado de

⁹ Edmundo Farolán, “Editorial: Homenaje a Guillermo Gómez Rivera”, en *Revista Filipina*, tomo III, núm. 4, Primavera, 2000: <<http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/pri00.htm>>.

hacer después de 1987. Mezcla solapada de tendencias estéticas, responsabilidad con la tradición y ansia expresiva, voz aniquilada escuchada por nadie, lanzada al ciberespacio como botella de naufrago, lo Quimérico es seguir escribiendo, seguir viviendo, seguir fabulando que Filipinas habló español, y sigue creando cultura hispánica. Así se menciona en “Recuerdos de mi España desapa-recida”, de *Con címbalos de caña*:

Mas, si al *kundiman* triste tus quejidos entregas,
El temblor de tu voz y el dolor que te abrasa
Son ecos, cuitas, lágrimas de tu alma que es ibera
Y de tu tierra ubérrima criada por España.

Y, ¿qué más te diré si eres la heredera,
Legítima y virtuosa, de las glorias hispanas?
Tu origen, tu decoro, tu suerte, tus quimeras,
¡Niéguelo ilegítimos!, son pedazos de España.

Misma idea relata Francisco Zaragoza en “Crótalos de oro”, poema que dedicó a Gómez Rivera en 1972, y que parece narrar el periplo estético que se vislumbraba, desde el azul modernista hasta el Helicón, despoblado por las musas que habían ido al monte Parnaso, quedando sólo pedazos de quimera con los que orquestar el cosmos malayo:

En una scherazada guareces tu idealismo.
Una mitad; suspiro, la otra mitad: presea,
designa la parábola de un lírico atavismo
forjado en la armonía gloriosa de la idea.
Tú vienes del azul. El Helicón te espera.
Una impaciencia de onda te orienta hacia la playa.
Y el alma, pegajosa de un sol de primavera,
ha ido recogiendo pedazos de quimera
¡para formar la excelsa orquestación malaya!

En fin, tuvimos el privilegio de ser testigos de esta quimera fraguada por Guillermo Gómez Rivera y Edmundo Farolán, en pos del ideal cervantino, con la sola herramienta de la quimera, de la voz hecha expresión. Y fuimos testigos junto a Andrea Gallo en 2008, en el Restaurante Dulcinea del centro comercial Glorietta de Makati, del reencuentro de ambos escritores, para unirnos al camino de la quimera.

Este «Grupo Dulcinea» ha tratado de visibilizar la existencia de una literatura actual filipina en lengua española, frente a aquellos que la negaban. Fruto de esa labor fue la consecución del prestigioso «Premio Juan Andrés de Ensayo e Investigación en Ciencias Humanas» del año 2010, con la consecuente publicación del libro *Literatura hispanofilipina actual* (Madrid, Verbum, 2011).

A día de hoy, podemos hablar sin ambages de una nómina de escritores filipinos en lengua castellana, de publicaciones periódicas, de un creciente interés por parte de la crítica, y de nuevas obras que constantemente aparecen publicadas. Todo este pequeño renacer, aunque modesto, hubiera sido imposible sin la existencia, obra, acción y magisterio de Guillermo Gómez Rivera, la gran figura que enlaza la filipinidad de siempre con los dilemas del mundo actual.



Isaac Donoso, Guillermo Gómez Rivera, Andrea Gallo y Edmundo Farolán,
en el Restaurante Dulcinea de Glorieta, Makati, 2008.

